

CAPITULO LIX.

Anécdota del labriego del Pardo.—Muerte de la Emperatriz.—Impresion que produjo en el marqués de Lombay.—Toma de Castelnuovo por Barbaroja.—Rebelion de Gante y su resultado.

GRANDE, fundado, y por lo mismo general, era el descontento que en España producian los cuantiosos gastos y enormes sacrificios que se veía obligada á hacer por las continuas guerras y no muy acertada gestion económica del Emperador. Hemos visto á este disolver las Cortes de Toledo sin poder vencer la resistencia de los nobles á conceder el arbitrio de la sisa, y aun teniendo que oír las duras y bien sostenidas razones del Condestable; y como si esto no fuera bastante, como si la Providencia hubiese querido hacerle conocer la precaria situacion del reino de modo que no le quedara ningun género de duda, le deparó otra ocasion de escuchar poco halagüeñas palabras y muy fundados cargos, no ya de labios de un alto dignatario, sino de un pobre y rústico leñador.

Cuenta nuestro Sandoval, que á poco de disueltas las Cortes y hallándose Carlos de cacería en el Pardo, alejose de su comitiva en seguim ento de un venado, al que dió muerte ya en el camino real y á tiempo que por este pasaba un campesino llevando en su asno una carga de leña; propúsole el Emperador cargar el venado en el jumento para llevarlo hasta la villa, y rehusólo aquel diciendo:—«¿No veis que el ciervo pesa mas que la leña y el jumento juntos? Mejor hiciérais vos, que sois mozo y recio, en cargar con él;» tras de lo cual, y habiéndole preguntado el Monarca, deseoso de oírle, cuántos reyes habia conocido, añadió:—«Soy muy viejo, señor, he conocido ya cinco reyes. Conocí al rey D. Juan segundo, siendo ya mozueto de barba, á su hijo D. Enrique, al rey D. Fernando, al rey D. Felipe, y á este Carlos que agora tenemos.»—«Y decidme por vuestra vida, prosiguió preguntando el Monarca, ¿cuál fue el mejor y cuál el mas ruin?»—«Del mejor, repuso el labriego, por Dios que hay poca duda: el rey D. Fernando fue el mejor que ha habido en España, que con razon le llamaron el Católico. De quién es el mas ruin, no digo mas sino que por mi fe tanto ruin es este que tenemos, y tanto inquietos nos trae, y él lo anda yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania, y otras á Flandes, dejando su mujer é hijos y llevando todo el dinero de España; y con llevar lo que montan sus rentas y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarian para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos á los pobres labradores, que los tienen destruidos. ¡Pluguiera á Dios se contentara con solo ser rey de España, que aun fuera el rey mas poderoso del mundo!»

Disculpó Carlos al Emperador con las grandes guerras que se veía obligado á sostener contra sus enemigos y los de la Religion, y estando en estas razones, llegaron varios individuos de su comitiva que, con sus palabras y respetuosos ademanes, hicieron sospechar al labriego la categoría de su interlocutor; pero lejos de encogerse ni intimidarse, añadió valientemente:—«¿Aun si fuésedes vos el Rey!... Por Dios que si lo supiera, muchas mas cosas os diria.» Confesólo aquel y sin mostrar enojo, antes dándose por advertido de sus razones, le mandó pedir algunas mercedes que inmediatamente fueron concedidas, despues de lo cual separáronse ambos, marchándose sin duda el rústico satisfecho, mas que de los favores obtenidos, de haber hablado á tan egregio personaje, y continuando su diversion el Emperador un tanto mortificado y pensativo por lo que acababa de escuchar, por la elocuente leccion que enerraban las palabras del leñador.

Un nuevo motivo de disgusto, si bien de diferente índole, tuvo el Monarca poco despues de este suceso. Su bella y virtuosa consorte, de quien ya habia tenido al que despues fue Felipe II, á la sazón de doce años, y á las infantas D.^a Maria y D.^a Juana, falleció en Toledo el día 1.^o de mayo de 1539 al tiempo de dar á luz otro hijo que, para mayor desconsuelo, nació sin vida. Tenia á la sazón la Emperatriz treinta y ocho años, era de gran hermosura, y sus virtudes superaban aun á su belleza; su muerte produjo general all cion, y en Toledo, París y otros puntos se la hicieron solemnísimas honras; condújose su cadáver del primero de dichos puntos á la capilla real de Granada, con cuyo motivo ocurrió un hecho notable.

Encargado de su traslacion y custodia el marqués de Lombay, de la primera nobleza y heredero del ducado de Gandía, halló tan desfigurado el rostro de Isabel al descubrir el féretro una vez llegado á su destino, que no se atrevió á jurar que fuese aquella la Emperatriz, sino solo asegurando que no podia ser otra, puesto que la habia vigilado debidamente, é impresionado despues por la mudanza que la muerte habia causado en el augustó cadáver, exclamó:—«¿Y es esta aquella emperatriz Isabel tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos reinos, señora de tantos pueblos, esposa de un César tan grande? ¿Y qué se ha hecho aquel esplendor de su rostro, aquel majestuoso continente; aquel semblante que la hacia aparecer un ángel entre las mujeres? Y desde aquel momento formó el propósito, que realizó despues, de abandonar el mundo, renunciar á todos los honores y dignidades de que disfrutaba y entrar en la Compañía de Jesús, en la que brilló tanto por sus virtudes, que la Iglesia le ha colocado en sus altares con el nombre de san Francisco de Borja.

Año de infortunios fue este de 1539, pues á los que llevamos referidos hay que agregar otros dos: la toma de Castelnuovo por los

turcos al mando de Barbaroja y la rebelion de la ciudad de Gante. Veamos como fue esto.

Habiase apoderado de la primera de dichas plazas el almirante Andrés Doria, nombrado jefe de una escuadra compuesta principalmente de galeras españolas, pontificias y venecianas, deseoso de vengar la mala suerte que en un combate naval con Barbaroja habia tenido; mas el haber dejado en ella de guarnicion á tres mil españoles acaudillados por Francisco Sarmiento, produjo tal disgusto en los venecianos, que retiraron sus naves, obligando con esto á hacer lo mismo á las restantes, y quedó rota la liga que para combatir á los turcos se habia formado y de la que era producto dicha armada.

Aprovechó Barbaroja esta ocasion, y aumentadas sus tropas con catorce mil hombres y rehecha su escuadra que habia padecido bastante en una tormenta, atacó á su vez á Castelnuovo decidido á recuperarla.

Tres dias habian bastado á los españoles para señorearse de ella; no menos de veinte y la pérdida de mas de diez y ocho mil turcos costó su toma á Barbaroja que, cuando entró en la ciudad, solo encontró con vida ochocientas personas de uno y otro sexo, en las que desahogó su cólera castigando con el tormento, en muchas de ellas, su heroísmo y el de los muertos, y haciéndola sufrir los mayores horrores.

Y casi al mismo tiempo que esto acontecia, se levantaba en armas la ciudad de Gante, resuelta á defender á todo trance sus privilegios que creía vulnerados. Era el caso que habiendo logrado en 1537 la infanta D.^a Maria, gobernadora de Flandes, que los Estados concediesen un importante subsidio con motivo de la guerra que el Emperador sostenia contra el francés, negáronse á pagarle los ganteses, fundados en que no podia imponérseles tributo alguno sin su expreso consentimiento; y á pesar de que la Infanta, el Emperador y el consejo superior de Malinas insistieron en que se cumplierse lo acordado, antes que ceder en su empeño prefirieron rebelarse, como lo hicieron, apoderándose de los fuertes, nombrando personas que los gobernarán y, lo que es mas censurable, enviando comisionados al rey Francisco con oferta de reconocerle por rey y ayudarle con todas sus fuerzas y recursos á apoderarse de todo el condado si les prestaba su ayuda.

Por fortuna el Monarca francés, sea que recientes la tregua de Niza y la entrevista de Aguas-Buenas no se atreviera á quebrantar la paz, sea que no tuviera seguridad en el resultado de una guerra, no solo rehusó la propuesta, sino que dió aviso á Carlos de lo que acontecia. Este, en consecuencia, y conociendo el carácter de sus compatriotas, se apresuró á marchar en persona á sofocar el movimiento, y para llegar mas pronto, adoptó una resolucion tachada, con motivo, de temeraria, por estar tomada en aquel tiempo, pero que los adelantos del derecho harian hasta natural en el nuestro: la de hacer el camino por la via de Francia, atravesando por en medio de los dominios de su rival.

Pero lo que no hubieran alcanzado á hacer los principios jurídicos mas elementales y las mas simples nociones de moralidad y justicia, por entonces no muy en boga, lo hicieron el espíritu caballeresco y el interés que, por el contrario, estaban en auge, y el Emperador pudo atravesar, no solo sin peligros, sino hasta obsequiado y festejado, por un país que, á pesar de la paz, debia considerarse como enemigo, y fue acompañado hasta San Quintín por el mismo Francisco I.

La proximidad del Emperador y de un ejército que en Alemania habia reclutado su hermano Fernando, desalentó á los ganteses que, dejando las armas, se entregaron á la clemencia de su régio compatriota. Pudo este, por tanto, haber hecho su entrada en la ciudad inmediatamente, pero difirió el hacerlo hasta el aniversario de su nacimiento (24 de febrero de 1540).

Esta circunstancia, la de ser Gante su ciudad natal, y el no haber encontrado resistencia, parece que debian haberle movido á usar con moderacion de su fácil triunfo, mas de que no fue así, nos da cuenta el historiador Lafuente en los siguientes términos: «Apoderado (Carlos V) de todos los fuertes, torres y muros, desarmado el pueblo, formado y fallado el proceso sobre la rebelion, anuló la antigua forma de gobierno, todos los privilegios é inmunidades de la ciudad fueron abolidos, privados de oficio los magistrados y regidores, prohibidas sus juntas y cofradías, confiscadas sus rentas, veinte y seis principales ciudadanos fueron ajusticiados con unas tunicas de lienzo que los cubrian hasta los piés, y desnudos interiormente, condenados otros á echarse á los piés del Emperador con los piés desnudos y unas sogas al cuello, y otros desterrados despues de secuestradas sus haciendas. Se les impuso una contribucion anual para mantener la guarnicion, y se construyó á su costa una ciudadela para tenerlos en adelante sujetos y comprimidos.

«Procedió, pues, Carlos V con sus compatriotas de Gante, añade el mencionado escritor, con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes habia empleado con sus súbditos de Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó mas desastroso fin que las del pueblo castellano.»



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL OLMG. 29.

DESGRACIADA EMPRESA DE ARGEL.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO LX.

Disturbios ocasionados por las cuestiones religiosas en Flandes y Alemania.—Reinado de los anabaptistas en Munster.—Conferencias en Worms.—Dieta de Ratisbona.—Desgraciada empresa contra Argel.—Vuelve el Emperador á España.

La narracion de las guerras del Emperador contra Francisco I y los turcos, de las proezas que, con asombro de propios y extraños, realizaban en América los españoles, y de la triste situación interior del reino, que sostenia con gigante esfuerzo y casi exclusivamente el peso de todas estas empresas, no nos ha permitido antes fijar la atencion en los interesantes sucesos que tenian lugar en los países principalmente contagiados por las doctrinas reformistas; es decir, en Flandes y el imperio alemán. Mas ya que la rebelion de Gante, descrita en el anterior capítulo, nos lleva como por la mano á tratar dicho asunto, aprovechemos la ocasion para dar noticia de los mas importantes hechos verificados en aquellos países desde 1534.

Las doctrinas de Lutero estaban ya dando su natural resultado. Sostenido por este con gran empeño el principio del libre exámen en materias religiosas, no es extraño que muchos disintieran de las soluciones é interpretaciones suyas, ni que, por lo tanto, las sectas se multiplicaran de un modo prodigioso, produciendo grandes disturbios, ya por el fanatismo y afán de hacer prosélitos de los neófitos, ya por las teorías inmorales, absurdas y disolventes que algunas de aquellas sostenian, teorías que no por eso dejaban de encontrar partidarios.

Distinguióse entre todas la de los anabaptistas; religiosa y política á la vez, así sostenia que solo debia bautizarse á los adultos, y por lo tanto la necesidad de rebautizar á los que, siendo niños, habian ya recibido este Sacramento, como la igualdad y la comunidad de bienes, la pluralidad de mujeres, la abolicion de todo distintivo de nacimiento y de clase, y otras máximas semejantes, cuyos resultados hubo de apreciar á su costa la imperial ciudad de Munster, donde tuvieron lugar los importantes cuanto lamentables sucesos que vamos á referir.

Juan Matías, panadero de Harlem, y Juan Beukels de Leyden, ardientes anabaptistas, predicaban sus descabelladas doctrinas en dicha ciudad, llamándose profetas, y consiguiendo hacer tal número de sectarios, que con ellos y otros que hicieron venir de diversos puntos, lograron apoderarse de la poblacion, expulsaron de ella al obispo y las autoridades, sustituyendo á estas con cónsules y senadores, se entregaron al pillaje, al asesinato y á toda clase de desórdenes, y solo cuando de ellos estuvieron ya hartos pensaron en el planteamiento de sus absurdas teorías, empezando por hacer un fondo comun con los bienes de todos los vecinos y estableciendo mesas públicas para la manutencion de estos, en las que se servia á todos igual número de platos y viandas de un mismo género en cantidad igual.

Quiso hacerles entrar en razon el obispo, y reunió para ello cuantas tropas hubo á mano, pero saliéndole al encuentro los insurrectos, consiguieron sobre él un completo triunfo; este hecho fue causa de la muerte de Juan Matías, que, llevado de su entusiasmo y suponiéndose inspirado, arrastró tras sí á treinta de sus mas furiosos partidarios, y solo con ellos atacó de nuevo á las fuerzas del obispo que, como era de esperar, dieron en breves momentos buena cuenta del ex-panadero y sus fanáticos acompañantes, que pagaron con la vida su imprudente temeridad.

Sucedió á Juan Matías en el mando su compañero y tocayo Juan Beukels, quien reformó el gobierno, encomendándolo á doce jueces, se hizo proclamar rey, estableció la poligamia, y dió él mismo el ejemplo tomando hasta catorce mujeres, hizo arrasar las iglesias, y cometió, entre otras excentricidades, la de presentarse en cueros ante el pueblo, gritando: *El rey de Sion está aquí*. Escusado es decir si con semejante jefe y con tales doctrinas tendrian lugar en la infortunada ciudad toda clase de crímenes y excesos, toda clase de escenas de crápula y desórden, pues el buen juicio del lector debe sobradamente suponerlas.

El fin de esta rebelion fue naturalmente desastroso. Reforzado el obispo de Munster con tropas que le llevó el rey D. Fernando, hermano del Emperador, puso sitio á la poblacion, y aunque los de adentro se defendieron con desesperado esfuerzo por espacio de quince meses, entró al fin el 23 de setiembre de 1535, y aquellos de sus defensores que ya no habian muerto, perecieron en horribles tormentos, incluso el mismo Juan de Leyden, quien demostró en el suplicio un valor incomparable; fue tanto este y tan crueles los padecimientos á que le sujetaron; que hubieran bastado á convertirle de monstruo en mártir, si no hubieran sido sus faltas tan numerosas y graves.

Mentira parece que, á pesar de las múltiples sectas que de la Reforma nacieron, á pesar de los excesos con que se mancharon muchas de ellas, sus progresos fuesen cada dia mayores. Cierito es que las circunstancias parecian haberse conjurado en favor suyo; del un lado, Paulo III, que habia sucedido á Clemente VII, no consiguió, por mas esfuerzos que hizo, reunir un concilio en Mantua ni en Vicenza, donde sucesivamente le convocó; del otro, el Emperador, ocupado en sus guerras con Francisco I y en las demás empresas que meditaba, no procuró atacar el mal con mano fuerte; antes bien, necesitando para sus proyectos el auxilio de los protestantes, les prorogó las concesiones hechas en la Dieta de Nuremberg, mandó suspender todo procedimiento contra ellos, y convino en la reunion de una junta de teólogos católicos y protestantes que

acordara las bases de reconciliacion que debian presentarse en la próxima Dieta. Todo, pues, contribuia á la impunidad y por lo tanto al aumento del número de sectarios de la Reforma.

Celebróse la convenida Dieta en Worms entre tres teólogos de cada parte, mas á poco terminó sus sesiones para reanudarlas en la convocada en Ratisbona, y el resultado final fue que, no resultando avenencia en muchos puntos, se acordó que aquellos en que habia conformidad se tuvieran por resueltos, y la decision de los restantes se sometiera al fallo de un concilio general, y si este no pudiera reunirse, al de uno nacional ó á una Dieta general del imperio, en la cual pudieran ponerse de acuerdo aquellas encontradas opiniones.

A nadie satisfizo esta transaccion, y el Papa se mostró muy enojado de que sin contar con él se resolvieran así cuestiones religiosas, por lo cual el Emperador pasó á Italia á avistarse con el Pontífice para convenir en los medios de poner término á las discordias; mas como no estuviesen conformes, y como, de otra parte, se habian roto las negociaciones que por entonces traia Carlos con Barbaroja para conseguir de este que abandonara al Sultan, decidióse á acometer una empresa que de tiempo atrás ocupaba ya su ánimo, que era la conquista de Argel; para cuyo efecto despidióse del Papa en Luca, y partió en la armada de Andrés Doria con rumbo á las Baleares, no sin confirmar antes á los protestantes las concesiones que les tenia hechas, á fin de no dejarse dificultades de ninguna especie durante su ausencia.

No contaba el Emperador para esta empresa con la aprobacion de sus mas entendidos capitanes, que veian en su proyecto gravísimos inconvenientes, inconvenientes que manifestaron á Carlos, pero á los cuales este no atendió; y ya desde el principio los presarios no pudieron ser mas funestos, pues sorprendieron tan contrarios vientos á la escuadra, que hubo de detenerse en Córcega, Cerdeña y Mahon antes de arribar á Mallorca, punto de reunion de las fuerzas que en la expedicion habian de tomar parte.

Componianse estas de veinte mil infantes, dos mil caballos y sobre doscientas naves, con las cuales, y sin esperar otra flota que se estaba disponiendo en España, dióse Carlos á la vela en direccion á Argel, ante cuya playa pasó varios dias sin que el temporal le permitiera el desembarque.

Contrarios mostráronsele los elementos, no precisamente en los instantes en que mas favorables los necesitaba, sino desde el comienzo de la expedicion, y bien pronto habian de destruir por completo sus esperanzas.

Cuando despues de muchas penalidades consiguió el ejército imperial tomar posiciones, desatóse una tempestad furiosa, y las tiendas fueron arrancadas por el ímpetu del vendabal, el terreno, fangoso de por sí, púsose en peor estado, y los soldados, incapaces de valerse en tan críticos momentos, vieron atacados por Hacen Agá y sus argelinos que, descansados y numerosos, llevaban grande ventaja sobre los soldados del Emperador cansados y hasta faltos de aliento y esperanza.

Carlos, calado de agua, fatigado y afligido por el estado de su hueste, animábase con su ejemplo, peleando como un valiente, y aun cuando consiguió rechazar á los infieles, no pudo conseguir lo mismo con el temporal, que cada vez mas furioso, llegó á romper las amarras de los buques, perdiéndose hasta quince de los navios mayores y ciento cincuenta de los demás, con gran parte de su tripulacion.

Aquella empresa, llevada á cabo contra la opinion del famoso marino Andrés Doria, experto conocedor y utilísimo consejero para guerras de aquella especie, tuvo el mal resultado que este pronosticaba, logrando salvarse el Almirante merced á que pudo refugiarse oportunamente con algunas naves en el cabo de Metafuz.

Envió desde este punto aviso al Emperador, aconsejándole que acudiese allí á buscar amparo, y Carlos, murmurando las frases *Fiat voluntas tua*, con las cuales expresaba su cristiana resignacion, dió la orden de retirada, verificándose esta con grandes trabajos y penalidades, molestado sin cesar por su enemigo, tanto mas audaz y feroz, cuanto mas debilitado y aturdido veia á su tan temible adversario.

Una vez en el cabo de Metafuz, pudieron cobrar algun aliento los desfallecidos soldados con los víveres salvados en las naves de Andrés Doria, y procedióse al embarque, viéndose obligados los ginetes á deshacerse de sus cabalgaduras para que hubiese espacio para todos en aquellas. Y como si todo en esta expedicion hubiera de ser desgraciado, apenas la flota levó el ancla, nueva tempestad la deshizo, aportando unos buques á Bugia, otros á Italia y algunos á Orán, perteneciendo al número de los primeros el en que iba el Emperador, que, abonanzado el tiempo, marchó á Mallorca y desde este punto á Cartagena, donde fue recibido con extraordinaria alegría, pues ya no creian los españoles volverle á ver.

Tal fue el éxito de esta desdichada empresa tan contra la opinion de los mas expertos generales emprendida, y en la cual el Emperador, participando de todos los sinsabores, de todas las penalidades, de todas las escaseces de sus soldados, sin decaer un momento su ánimo, consiguió, como dicen los historiadores, que sus mismos caballeros le perdonasen sus desgracias.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 23.

ASESINATO DE RINCON.